

siendo discípula de San Jerónimo en la ciencia de los diversos sentidos de este libro divino, muchas veces sorprendía á su maestro con sus preguntas y le admiraba con sus interpretaciones. Ella era en cierto modo, como Santa Marcela en Roma, un verdadero doctor en la ciencia de la *Biblia* y de la religión. También fué ella el verdadero martillo de los origenistas en Palestina, como Santa Marcela lo fué en Roma.

En vano el famoso Paladio, jefe de los origenistas en Oriente, verdadero lobo, quiso cubrirse con la piel de cordero para engañarla y convertirla al origenismo, lo mismo que á las vírgenes de su convento, para propagar la herejía por este medio entre los hombres. Santa Paula lo reconoció á la primera palabra, y lo denunció á San Jerónimo, quien lo refutó y lo confundió, atribuyendo esta victoria más bien al mérito y á las oraciones de Santa Paula que á su propia elocuencia é instruccion.

También fué Santa Paula quien salvó la vida preciosa del santo doctor de las asechanzas de Juan, obispo jeromolitano, y de sus satélites origenistas, como Melania habia salvado la vida de San Atanasio. Ella era quien desenmascaraba por todas partes á aquellos herejes; se burlaba de sus intrigas, y los presentaba á todo el mundo como los verdaderos enemigos de Dios (1); y es indudable que, con su vigilancia, con su celo y con su valor, contribuyó tanto como San Jerónimo con su ciencia, á la represion de esta herejía en Oriente.

§ XXVI, 1.º.—La familia de Santa Paula edificando á Jerusalem y á Roma con sus virtudes.—Otras admirables mujeres católicas de la misma época, en Roma.—La escuela de San Jerónimo.—Santa Fabiola, modelo de penitencia.—Una mujer funda los primeros hospitales.—Las santas mujeres más celosas que los eclesiásticos para defender la pureza de la fe.—San Jerónimo defendiendo la perpétua virginidad de María, á instancia de las mujeres.

No fueron éstas las únicas mujeres cristianas que ilustraron el Cristianismo en la Iglesia al fin del cuarto siglo y al principio del

(1) «Eos qui ejusdem dogmatis erant, voce publica hostes Domini proclamabat.»

quinto; pero los límites de esta obra apenas nos permiten indicar algunas de ellas.

Todas las hijas de Santa Paula fueron de este número, porque esta santa viuda tuvo la dicha de santificar á toda su familia, santificándose ella misma, y de hacer hereditaria la santidad en ella; de modo que no sólo sus hijos, sino también su yerno, su nuera y su nieta, fueron cuasi todos contados por la Iglesia en el número de los santos.

Santa Blesila, la hija mayor de Santa Paula, habiendo quedado viuda á los siete meses de casada, se dedicó con tanto ardor al estudio de la perfeccion y de la santidad, que habiendo sido consumada en poco tiempo, la ejerció por largo tiempo, porque ella murió en Roma á la edad de veinte años, despues de haber admirado la ciudad, tanto como su madre, por el prodigio de su humildad y de su penitencia. Habiendo afligido profundamente á su santa madre esta muerte, San Jerónimo le dirigió una elocuente carta, en la que, tratando de consolar á la madre en su dolor, nos ha dejado un magnífico elogio de las virtudes de la hija. Él hace notar, entre otras cosas, que Blesila hablaba el griego como el latín, que habia aprendido el hebreo en pocos días, y que la Escritura Santa estaba siempre en sus manos. (*In obitu Blesilæ, ad Paulam matrem.*) Debemos á Santa Blesila la explicacion del libro sagrado titulado *El Eclesiástico*, hecha por San Jerónimo, por haberle suplicado la santa viuda que le dejase un pequeño comentario de este libro, aun antes de ausentarse de Roma.

Santa Eustoquia, la más jóven y la más querida hija de Santa Paula, la compañera de sus peregrinaciones y la más perfecta imitadora de sus virtudes, fué otra lumbrera de la virginidad cristiana en Roma y en Oriente, donde murió, llena de méritos, superiora de un monasterio de cincuenta vírgenes escogidas, fundado por ella en Belen. San Jerónimo canonizó en cierto modo á esta virgen, todavía viva, en sus comentarios de Isaías, de Jeremías y de Ezequiel, que él hizo á instancia suya, y que le dirigió, y en su famosa carta, ó más bien tratado, *Del modo de conservar la virginidad*, que le dirigió también. (*Ad Eustochium, De virginitate servanda.*) Habiendo sido leida esta carta en un Concilio de Roma, fué unánimemente aprobada por los Padres y por la Iglesia.

Santa Paulina, otra hija de Santa Paula, casada con el senador

Panmaquio, de la noble familia Furia, hizo de él un santo persuadiéndole, despues de haber tenido un hijo que murió muy pronto, que guardase castidad en el matrimonio, infundiéndole tanto amor á la caridad con los pobres, que al nombrarle ella por heredero, no dudó que por este medio dejaba toda su herencia á los pobres. En efecto, encontrándose San Panmaquio viudo y sin hijos, se consagró enteramente á las buenas obras. Él fué el primero que en Occidente fundó los hospicios para los pobres, á quienes él servía personalmente, despues de haberles dado todos sus bienes. Uno de estos hospicios fué el que estableció en Porto, cerca de Roma, para la comodidad de los pobres peregrinos que por mar se dirigian á esta ciudad de todas las partes del mundo. Este Panmaquio es el amigo íntimo y el hijo espiritual de San Jerónimo, á quien este santo doctor escribió cartas importantes y dedicó muchas de sus obras, y de quien hace un completo elogio con estas tres palabras: «Panmaquio es patricio por la nobleza, rico por las limosnas y sublime por la humildad.» Otro de los méritos de San Panmaquio es el de haber sido el primero que abrazó y profesó la vida monástica en medio del mundo; digno por esto mismo de ser llamado por San Jerónimo el general en jefe ó el emperador de los monjes: *Architrategus monachorum*. Y no podía ser de otro modo un hombre que vivió entre tantas mujeres santas y respiró los perfumes de la santidad.

Santa Leta, la nuera de Santa Paula, habiéndose casado con su hijo único, San Texocio, deseó tener una hija sólo para consagrarla á Jesucristo, lo que ella hizo en efecto; y esto hizo decir á San Jerónimo que esta niña fué concebida en virtud de la promesa hecha por su madre, de hacer de ella una virgen de Jesucristo, y que ella fué consagrada ántes de ser engendrada: *Futura virginis promissione concepta, prius Christo consecrata quam genita*. San Jerónimo nos refiere igualmente que Santa Paula se llenó de gozo cuando supo en Oriente el destino que habian dado á su nieta en Roma, y que estando todavía en la cuna la pequeña Paula (éste era su nombre), cantaba ya la *alleluya*. Así era como la mujer católica educaba entónces á sus hijos. Para la instruccion de esta niña, hija y nieta de santos, escribió San Jerónimo su admirable *Tratado de la educación de las hijas cristianas (Epistola ad Lætiam, De educatione filiarum)*, que los preceptores eclesiásticos de la juventud cristiana deben

consultar con frecuencia. El padre de Santa Leta era Albino, personaje distinguido, aunque pagano y pontífice de los ídolos. Pero movido por las exhortaciones, las súplicas, y más aún por el espectáculo de la vida celestial de su hija, acabó por convertirse al Cristianismo. San Jerónimo nos dice tambien que habiendo perdido Santa Leta á su esposo á la edad de veinte años, se consagró á Dios por el voto de castidad perpétua, siguió por el camino de la santidad que su madre política le habia trazado, y dió en Roma los mismos ejemplos de fe y de caridad que Santa Paula dió en Jerusalem (1). Tal era la familia de Santa Paula.

Despues de estas grandes é ilustres mujeres cristianas, es necesario hacer mencion de algunas otras que, sin ser de la misma familia, eran de la misma escuela, de la escuela de San Jerónimo, tan célebre en los anales de la Iglesia, y que tanto bien hizo á la Iglesia.

Una de éstas fué Santa Asela, hermana de Santa Marcela. Consagrada á Dios esta noble virgen á la edad de diez años, se encerró en una celda, de la que no salia sino para ir á las iglesias de los mártires, pero de modo que no fuese vista de nadie. Ella no hablaba jamas con ningun hombre, y apenas se dejaba ver de su misma hermana.

Ella guardaba una soledad perfecta en medio de Roma, ella se dedicaba al trabajo de manos, ella dormia sobre la dura tierra, ella se alimentaba sólo con pan y agua, ayunaba todo el año, y muchas veces pasaba tres dias sin tomar cosa alguna. Sin embargo, unas austeridades tan grandes no habian podido alterar su salud ni marchitar su belleza. Á la edad de cincuenta años se mantenía tan robusta y tan fresca como una jóven. Ella era la admiracion de Roma, tanto por su desprecio del mundo y por su espíritu de penitencia, unido á la inocencia y á la pureza de los ángeles, como por su celo y su valor en defender, en una edad tan avanzada, á los verdaderos siervos de Dios; porque ella fué la que hizo conocer á los magistrados que el calumniador infame que habia osado atentar contra la reputacion de San Jerónimo y de Santa Paula era un

(1) «Nurus æternæ se tradens pudicitia, socrus opera fide et eleemosynis sequitur, et Romæ conatur exprimere quod Hierosolymis Paula complevit.» (*Epitaf. S. Paul. ad Eustoch.*)

emisario y un vil instrumento de la envidia y del odio de sus enemigos (1).

Otra fué Santa Lea, cuyo elogio nos ha dejado también San Jerónimo en una de sus cartas á Santa Marcela, cuando la envió la explicación del salmo LXX. Esta noble virgen habia fundado una casa de vírgenes, que gobernaba é instruía más bien con sus ejemplos que con sus palabras. Su hábito y su alimento eran el hábito y el alimento de los pobres, pero sin la menor afectación. Ella pasaba las noches en oración y los días en las obras de la caridad y de la humildad. Al verla sin conocerla, se la tenía por la última de las sirvientas de la casa: tal era su deseo de servir á todos sus subordinados, á pesar de que estaba acostumbrada á ser servida por un gran número de esclavos. Ella gobernaba obrando y mandaba sirviendo.

Otra de las mujeres ilustres de aquella época fué Santa Fabiola, señora distinguida sobre todas las demás por su origen, y poderosa por sus riquezas y su belleza, y que hizo tanto ruido en el mundo romano, no tanto por una falta grave que cometió, cuanto por la larga y severa penitencia con que la expió. Obligada á abandonar á su brutal esposo, poco tiempo después de casada, por la disolución de sus costumbres y por la crueldad con que la trataba, contrajo un nuevo matrimonio en vida de su primer esposo. Las leyes civiles, cuyas prescripciones anticristianas no habian permitido al gran Constantino anular las circunstancias, parecian autorizar en tales casos un segundo matrimonio, y Fabiola creyó que lo que el Código permitia lo permitia también el Evangelio. Este fué un gran escándalo que dió entonces en Roma una hija de los Fabios. Pero la Providencia supo sacar de él el mayor bien.

La entrada en el templo del Señor fué prohibida al instante á la joven prevaricadora; ella fué separada absolutamente de la comunión de los fieles, y de este modo, como observa San Jerónimo, que nos ha transmitido todas estas particularidades, dió á conocer á la Iglesia cristiana que ella no se dejaba gobernar por las decisio-

(1) Véase la *Epístola á Asela*, que San Jerónimo escribió á esta ilustre virgen, á bordo de un barco, en el puerto romano, al tiempo de volver á Oriente, y en la que el santo doctor, al mismo tiempo que da las gracias á su insigne protectora, consigna las pruebas más brillantes de la santidad de sus relaciones y de la grandeza de su alma.

nes de Papiniano, en perjuicio de las decisiones de San Pablo, ni por las leyes de los Césares, en perjuicio de las leyes de Jesucristo (1); y se mostró desde el principio la guarda fiel, la vengadora severa del dogma cristiano, de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio.

Fabiola reconoció su falta, se separó al instante de su pretendido esposo, y se sometió con una humildad sin ejemplo á todos los rigores de la penitencia pública. Fué un espectáculo tan nuevo como patético, dice San Jerónimo; fué un objeto de admiración y de edificación para los mismos paganos y para los cristianos, ver en la vigilia de Pascua, cuando Roma se hace la ciudad del mundo entero, á la hija de los Paulo Emilios y de los Escipiones á la puerta de la basílica de Letran con los cabellos esparcidos, los ojos bañados en lágrimas, el cuerpo cubierto con un cilicio, confundida entre la turba de los penitentes, pidiendo humildemente misericordia y perdón al vicario de Jesucristo, á los sacerdotes y al pueblo. Ella confesaba á todo el mundo la culpa que habia cometido; ella llamaba á todo el mundo por testigo de la sinceridad de su arrepentimiento, y Roma no podia contener sus lágrimas al ver su dolor. Separada de los demás, y postrada en los umbrales de la iglesia, como María, hermana de Moisés, fuera del tabernáculo, pedía con su llanto y con sus palabras la gracia de la reconciliación. Ella la obtuvo al fin, y el Pontífice, que la habia arrojado del rebaño, le permitió volver á entrar en él. Ella entra en efecto para vengarse del demonio y de sí misma con la penitencia más austera, que continuó hasta el fin de su vida, por las grandes limosnas que distribuyó á los pobres, y por el heroísmo de todas las virtudes. Rivalizando con San Panmaquio en el celo de las fundaciones de caridad, fundó también varios hospicios para los extranjeros que iban á Roma á venerar los sepulcros de los apóstoles, y ella fué la primera que fundó en Roma hospitales de caridad para los pobres (2), que ella misma, aunque extenuada por el ayuno y abatida por las enfermedades, recogía por las calles, asistía con sus

(1) «*Aliæ sunt leges Cæsarum, aliæ Christi; aliud Papinianus, aliud Paulus noster docuit.*» (Ad Ocean., *De morte Fabiolæ.*)

(2) «*Prima omnium nosocomium instituit in quo ægrotantes colligeret de plateis et consumpta languoribus atque inedia, miserorum membra foveret.*» (Hier., *loc. cit.*)

bienes y servía con sus manos; aliviar sus miserias, curar sus llagas y prodigarles todos los cuidados de una madre, eran su único consuelo, su felicidad y sus delicias. ¡Mujer admirable, digna de que San Jerónimo haya hecho su panegírico, y de que la Iglesia la haya puesto en el número de los santos!

Del mismo número fueron Santa Salvina, Santa Furia, Santa Principia, Santa Albina, y otras muchas, tan distinguidas por su nobleza como por la gloria de todas las virtudes, á quienes el mismo santo doctor dirigió importantes cartas, y cuyo elogio ha hecho.

Segun la pintura que San Jerónimo hace en su famosa carta á Eustoquia, que levantó contra él tantas borrascas, el clero de Roma no era en aquella época un modelo de virtud. Los jóvenes eclesiásticos carecían de ciencia y de gravedad, y los ancianos dejaban mucho que desear respecto á la edificacion y al celo por los intereses de la fe y por el bien de la Iglesia. Pues bien; lo que los hombres no hacían, lo hacían las mujeres, y con el más feliz resultado. Un cierto Helvidio, de la secta de los arrianos, acababa de publicar su repugnante libro contra la perpétua virginidad de la Santísima Virgen, en el que sostenía que la Madre de Dios había tenido otros hijos de San José despues de Jesucristo. Este odioso libelo causaba mucho daño en Roma, y preparaba el camino al nestorianismo, á esa herejía enemiga del honor y de los privilegios de María, que se proponía rebajar al Hijo, rebajando á la Madre, que no fué otra cosa que una nueva forma del arrianismo. Sin embargo, nadie fijaba la atención en ello, quizá por el poco mérito de la obra y por la oscuridad del autor. No sucedió lo mismo á estas santas mujeres, que eran entónces la admiración y la edificacion de Roma, y por Roma, de todo el mundo cristiano. En este innoble ataque contra la dignidad de María creyeron ellas ver atacada la dignidad de su sexo, lo mismo que la dignidad de la fe. Ellas se llenaron de sentimiento y de indignación, y delataron el libro y el autor al celo de San Jerónimo; y este grande hombre, á instancias de ellas, escribió su bello y sólido *Libro contra Helvidio*, en el que, no sólo defendió vigorosamente la perpétua virginidad de la Madre de Dios, sino que sostuvo que San José fué perpétuamente virgen; y desde esta época data el bello homenaje que la Iglesia tributa continuamente á María, saludándola Virgen ántes del parto, en el parto y despues del parto: *Virgo ante partum, Virgo in partum, Vir-*

*go post partum*; y diciéndole con frecuencia: « Oh Santísima Virgen, que permanecisteis pura despues del parto, rogad por nosotros al eterno Padre, cuyo único Hijo disteis á luz: *Post partum Virgo inviolata permansisti; ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* »

§ XXVI, 2.º—Santa Demetriades admirando al mundo con su heroica renuncia del mundo.—Sublimes sentimientos de Juliana, su madre, y de Proba, su abuela, en esta ocasion.—Prodigioso número de jóvenes á quienes su ejemplo atrajo á la profesion de la santa virginidad.—Los Padres se valieron de estos ejemplos para la composicion de sus tratados sobre la vida cristiana.—Mision importante que la mujer católica desempeñó en esta época.—Las madres de la Iglesia al lado de los padres de la Iglesia.

La más célebre de estas mujeres católicas en el mundo entero y en la Iglesia, que en la época de los Padres edificaron tanto al mundo, y dieron tanta gloria á la Iglesia, fué la virgen Santa Demetriades, de quien el lector no llevará á mal que le presentemos aquí algunas particularidades especiales.

Hija del cónsul Olibrio (1), de la antigua familia Anicia, prodigio de belleza y heredera única de una inmensa fortuna, era, dice San Jerónimo, *la primera en el mundo romano*. Prevenida siendo todavía niña, por la gracia, tuvo la fe ardiente de una mujer virtuosa y perfecta, y comenzó su carrera por donde otras desearían acabar

(1) Este Olibrio era hijo de Anicio Pretonio Probo, el romano más ilustre de su tiempo, que siendo procónsul en Italia, dió el gobierno de la Emilia y la Liguria á San Ambrosio, cuando este santo no era más que un joven catecúmeno. Probo era también dueño de propiedades inmensas en todas las provincias del Imperio. Él era pagano; mas habiéndose casado con Proba Faltonia, cristiana ilustre por su talento, su piedad y su celo, se hizo cristiano y murió en la fe. Las grandes conversiones al Cristianismo se hacían entónces principalmente por las mujeres. Su hijo Olibrio era ya cónsul, aunque muy joven, cuando se casó con Juliana, señora muy distinguida por su nobleza y por su fe. Así es que Proba, su madre política, la amó como á su hija; y cuando, al poco tiempo de haber nacido Demetriades, quedó viuda de Olibrio, como otra Rut, no quiso separarse de su suegra, y rivalizó con ella en la práctica de todas las virtudes cristianas. Estas dos nobles matronas se amaban tan tiernamente y marchaban tan de acuerdo en los caminos del Señor, que parecían un solo entendimiento, un solo corazón y una sola alma viviendo en dos cuerpos. Así es como ellas consiguieron hacer de Demetriades un prodigio de santidad.